

CUENTOS Y LEYENDAS

DEL PAÍS VASCO

Seve Calleja



TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS

ANAYA

© Del texto: Seve Calleja, 2011
© De la ilustración: Daniel Tamayo, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

Primera edición, septiembre 2011

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por
la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

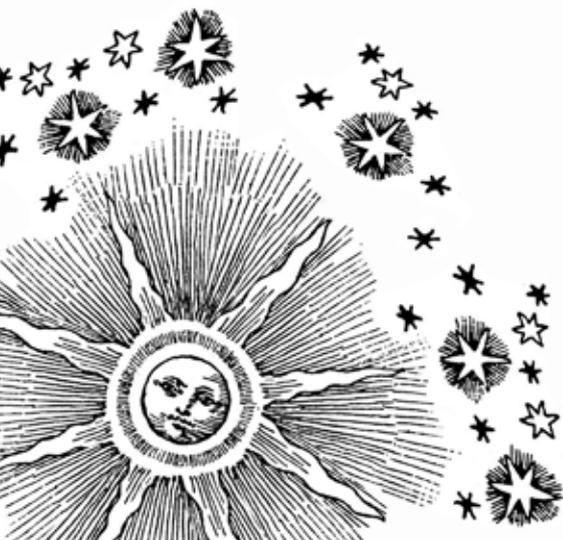
ISBN: 978-84-667-9517-3
Depósito legal: M. 32.438-2011
Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CUENTOS Y LEYENDAS
DEL PAÍS VASCO

Seve Calleja

*Ilustración:
Daniel Tamayo*



ANAYA

CONTENIDO

1. La dama de Amboto	7
2. Las tres olas	17
3. Tartalo	33
4. Catorce	37
5. Juan Zuria, primer señor de Vizcaya	45
6. La leyenda de Aralar	51
7. Los amantes de la isla de Ízaro	57
8. El culebro de Balzola	61
9. El fin de las lamias	69
10. La bruja de Zugarramurdi	73
11. Los dos jorobados y las brujas	77
12. El Olentzero	83
13. El zagal de Etxezuri	91
14. Los tres estudiantes	105
15. La aventura del albañil	117
16. Fernando Amezketarra y las truchas del señor cura	123
17. Las tres damitas de San Sebastián	127
Apéndice	133

Todos se han registrado.
Y todos están vivos todavía. Ahí pasa el pregonero:
«¡Cuentos!... ¡Cuentos!... ¡Cuentos!...».

LEÓN FELIPE

*La dama de Amboto*¹

Existía en las cumbres del Amboto, de esto hace ya mucho tiempo, un soberbio castillo perteneciente a la ilustre familia de los Urracas. El penúltimo señor de aquella antigua casa solariega² tuvo de su primer matrimonio una hija única, muy bella, que se llamó María. Durante diez años todos la consideraron la heredera de los ricos dominios de sus padres.

Pero el nacimiento inesperado de un hermano anuló los derechos de María; porque, según la tradición familiar, solo si faltaba un sucesor masculino podía la herencia recaer en una mujer. Incluso, en ocasiones, al sexo femenino se le condenaba al perpetuo retiro de un monasterio,

¹ Mari, la *dama*, es la figura principal de la mitología vasca, superior a los demás genios. Personifica a la madre tierra y se representa con cuerpo y rostro de mujer; ayuda a los hombres buenos y castiga a los malos. Se la conoce con distintos nombres según las comarcas y, generalmente, habita en cuevas y grutas (a las que se traslada por el aire). Pero la más importante mora en la cueva del Amboto; por su significado legendario, el monte *Amboto* (uno de los más altos de Vizcaya y parte del Parque Natural de Urquiola), está cargado de referencias mitológicas, como la *Marirrika koba*, la «cueva de Marirrika», que alude a la morada de la protagonista de esta leyenda. (*Nota del autor*).

² La casa solariega es la más antigua y noble de una familia.



para que el varón de la casa no tuviera que preocuparse ni de su cuidado ni de su sustento.

María Urraca no fue, al menos, sometida a semejante sacrificio; pues, si su buen padre la quiso mucho, también tuvo el afecto de su hermano, quien, a los diecisiete años, cuando perdió a sus padres, se vio dueño de una considerable fortuna y jefe de la familia. Era además el joven don Pedro una persona simpática y amable, y ocupaba el primer lugar en el corazón de su hermana.

La gente consideraba a María un tanto esquiva y huraña³, pues siempre se mostraba melancólica y apartada. Siendo como era tan hermosa no le faltaban pretendientes; pero iba a cumplir veintiocho años sin que se supiera si tenía preferencia por alguno de ellos. No cabe duda de que, en su interior, María de Urraca se rebelaba contra la injusticia de los privilegios concedidos a los varones, y para ella verse obligada a depender de un hermano menor o de un marido era tan difícil como humillante. Hasta tal punto, que su melancolía y displicencia⁴ no tardaron en convertirse en amargura y aspereza.

Por eso se consideró un triunfo de su hermano don Pedro el que cierto día se mostrase dispuesta a tomar parte en una animada cacería, en la que participaban varios amigos nobles.

Lucía aquella una mañana de otoño, cuando los sonos de las trompetas anunciaron a los habitantes del valle la salida de los ilustres cazado-

³ Es decir, huidiza y arisca, poco sociable.

⁴ Indiferencia.



res, y rápidamente se agolpó curiosa la multitud para contemplar la cabalgata, en cuyo centro destacaban el joven caballero don Pedro y su bella hermana María. Montaba el primero un fogoso corcel de ébano, y ella, un blanco y dócil palafrén⁵.

Hacía tiempo que no se veía en su semblante la alegría que entonces la hermo seab a; solo que, al mirarla, era imposible dejar de sentir cierta inquietud al ver sus grandes ojos pardos⁶: había algo de siniestro tras su expresión encantadora.

La batida⁷ comenzó felizmente: pronto el valor y la habilidad de los monteros⁸ quedaron patentes; pero ninguno de ellos mereció tantos aplausos como la bella cazadora, tras herir mortalmente a un corpulento jabalí. En medio de los vítores que resonaban por todas partes, el animal reunió el resto de sus fuerzas y se lanzó por entre las breñas⁹, dejando tras de sí un ancho surco de sangre. La hermosa amazona lo persiguió, mientras su hermano, cediéndole gentilmente los honores del triunfo sobre aquella presa ya casi moribunda, mandó a la comitiva que se detuviera, y salió tras la joven.

Pero ¿adónde se dirigía su hermana? Su blanco corcel parecía rebelarse contra la mano que

⁵ *Corcel* se llama al caballo ligero, de gran alzada y bella figura. De *ébano*, es decir, de color negro, como la madera del árbol del mismo nombre. *Palafrén* se llama al caballo manso que solían montar las damas.

⁶ Pardo, referido a un color, es del tono de la tierra, o de la piel del oso común, entre blanco y negro, con tinte rojo amarillento, y más oscuro que el gris.

⁷ La batida es el registro de un terreno para que los animales salgan a los puestos donde están esperando los cazadores.

⁸ El montero es un criado que busca, persigue y ojea la caza en el monte.

⁹ La breña es la tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza.



hasta entonces le había sometido, y trepando por entre peñas y salvando precipicios, la joven se perdió de vista por entre los barrancos.

Don Pedro, siguió corriendo en pos de¹⁰ su querida hermana y desapareció también ante la asustada comitiva, que contemplaba con asombro aquella singular carrera.

En ese mismo instante, se desató una horrible tempestad. De pronto, el cielo se cubrió de negros nubarrones, que envolvieron las cumbres, donde se entrecruzaban los relámpagos como serpientes de fuego; los árboles se retorcían con el rudo impulso del viento y retumbaban pavorosos los truenos por los montes y los valles. Todos huyeron despavoridos, buscando resguardarse de la ira celeste.

Los moradores del castillo regresaron a él desordenadamente, creyendo que hallarían allí a sus señores, pues suponían que se les habrían adelantado. Pero no fue así. Y, a pesar de la horrible tempestad, que continuaba sin tregua, los sirvientes más fieles salieron en su busca.

Hora tras hora, los demás aguardaron inquietos su regreso. ¡Fue en balde¹¹! La noche cubrió la tierra con sus profundas sombras, y aún no había vuelto el querido don Pedro al alcázar¹² de sus mayores. Por fin, llegó María, sola y desmelenada. Bastaba ver la palidez de su frente y el temor en su mirada, para advertir la desgracia que poco después confirmaron sus temblorosos

¹⁰ *En pos de* significa «detrás de».

¹¹ *En balde*, es decir, en vano, inútil.

¹² Fortaleza.



labios. ¡Sí! No podía haber duda... El joven caballero, siguiendo el estrecho sendero que había tomado su hermana, se había precipitado con su impetuoso corcel en un profundo barranco...

Al día siguiente, sacaron del abismo su cadáver ensangrentado, y, ¡cosa extraña!, advirtieron que su caballo tenía traspasado el pecho por un largo venablo¹³. Esta circunstancia inexplicable dio que hablar a las gentes durante mucho tiempo, hasta que la atención de todos se fijó únicamente en la hermosa heredera, que no tardó en verse asediada por una oleada de adoradores.

Poseedora absoluta de los dominios de una familia opulenta, de la que ella era ahora única sucesora, en la flor de la edad, radiante de belleza, envuelta en las fiestas y homenajes propios de su rango, María de Urraca veía al fin realizados sus sueños. ¿Por qué, entonces, no volvía el color a sus mejillas? ¿Por qué no asomaba la sonrisa a sus labios y a sus brillantes ojos la mirada serena de la inocencia? Parecía que una misteriosa enfermedad devoraba aquella vida tan joven...

Fue en vano la consulta a los más célebres médicos de Álava, de Guipúzcoa y de Vizcaya; parecía que la ciencia fuera impotente contra un mal desconocido. Nada se lograba tampoco con los suntuosos¹⁴ banquetes; ni con las diversiones que se organizaban en el castillo de la montaña, aunque aún no hubiese concluido el duelo por la muerte de su hermano. María parecía desear toda

¹³ Lanza corta y arrojadiza.

¹⁴ Suntuoso significa grande y costoso.



esa diversión, pero luego no era capaz de disfrutarla. Se diría que una nube de tristeza cubriera su frente, contrajera sus labios, turbara¹⁵ su mirada y la hiciera temblar, como si algo horrible la persiguiera en medio de tanta felicidad.

Pero los pretendientes insistían, convencidos de que el amor podía obrar prodigios, de que aquella extraña enfermedad que consumía a María quizá se atenuara con el matrimonio. Con esa esperanza, los aspirantes a su mano redoblaban sus esfuerzos y la colmaban de atenciones y obsequios. Y, cuando parecía que por fin la bella dama iba a comunicar su elección, llegó el día del triste aniversario de la muerte de don Pedro.

Los criados se vistieron de luto y no cesaron en la capilla las misas y los responsos¹⁶. Sin embargo, María permaneció en su alcoba, más postrada¹⁷ y desfallecida que nunca. Luego, al tender la noche su oscuro manto, el capellán¹⁸ y la servidumbre se reunieron para rezar por el malogrado caballero en el mismo recinto en el que un año antes lo habían esperado inútilmente.

Todos lloraban tan triste aniversario, cuando de repente, tras oírse un gran estrépito, apareció en la sala María, pálida y temblorosa. Presa de un alucinación¹⁹ pavorosa, la desdichada joven pedía auxilio, pues creía que su hermano había vuelto para perseguirla.

¹⁵ Turbar significa sorprender o aturdir a alguien.

¹⁶ Responsos son los rezos que se dicen por los difuntos.

¹⁷ Estado de abatimiento causado por una enfermedad o por una gran tristeza.

¹⁸ Sacerdote que dice misa en un oratorio privado y suele residir en la casa.

¹⁹ *Presa de*, es decir víctima de algo (un temor, etc.); en este caso, de una *alucinación* o percepción de cosas inexistentes que son consideradas como reales.





—¿No lo veis? ¿No lo estáis viendo? —gritaba desatentada²⁰—. Se ha levantado del fondo del abismo, ensangrentado. ¿No veis cómo corre en su corcel negro con el pecho atravesado por una flecha? ¡Pero si yo misma los vi rodar! ¡Yo misma oí el grito que retumbó en las negras entrañas del precipicio! ¿Qué quiere ahora de mí su fantasma? ¿Por qué salpica mi frente con su odiosa sangre? ¡Miradlo! El corcel maldito se abalanza sobre mí... su sangriento jinete tiende sus brazos para asirme y llevarme consigo a la tumba. ¡No!... ¡no!... ¡no!...

Gritando de aquel modo, se precipitó fuera de las puertas del castillo, y apenas pudo seguir su carrera aterrada servidumbre.

La tempestad bramaba como en la noche de la catástrofe; el cielo se deshacía en centellas²¹; pero ella corría sin cesar, huyendo del jinete ensangrentado sobre el corcel negro traspasado por un venablo. La desventurada, en su locura, y en medio de la oscuridad de la noche, no sabía qué camino seguir, cuando de repente, lanzando un grito pavoroso, se detuvo al borde del abismo como empujada por una mano invisible.

—¡Aquí fue! —exclamó con el cabello erizado sobre la frente...

En ese instante, la desdichada María, como si sobre ella se hubiera lanzado el jinete e intentara librarse de él, enloquecida, se arrojó al fondo del precipicio.

²⁰ Desatentar significa turbar el sentido o hacer perder el «tiento», el tacto, para obrar con prudencia.

²¹ Rayos.



A la mañana siguiente, a la misma hora en que fue sacado de aquella negra sima²² el cadáver de don Pedro, fue recuperado el de su hermana, no menos ensangrentado y desfigurado.

Al conocerse la noticia, el pueblo se amotinó²³ para pedir que los hermanos no descansaran en la misma tumba, pues todos veían en aquella desgracia la justicia del cielo. Pero, los nobles, amigos de María Urraca, consideraron que todo había sucedido como consecuencia de su locura. El enfrentamiento no hizo más que exaltar los ánimos de la gente, que destruyó furiosamente el castillo, sin dejar piedra sobre piedra.

Desde este terrible suceso, la peña que corona el monte Echaguen fue llamada «ambota», que significa «arrojar allí». Así, el término «amboto» significa: «que de allí fue arrojada».

Cuenta la tradición que el alma de la fratricida vaga errante por las hondas entrañas del abismo, saliendo solo para anunciar desastres. Los días en que la cumbre de la montaña aparece envuelta en densos nubarrones, los pastores recogen sus rebaños, los labriegos se retiran a sus caseríos y los marineros se cuidan²⁴ mucho de abandonar el puerto y ponerse a navegar, porque se cree que la dama de Amboto se ha escapado de su tumba y anda por ahí presagiando desgracias.

²² Cavidad grande y muy profunda en la tierra.

²³ Amotinarse significa alzarse, rebelarse contra algo, especialmente contra una autoridad.

²⁴ Cuidarse significa, aquí, mantenerse apartado o a salvo de un peligro.